

ACABAR CON LUMUMBA¹

¿Quién mató a Patrice Lumumba? Los portavoces del gobierno belga fueron firmes cuando la noticia del asesinato del primer ministro del Congo, que también era el primero en haber sido elegido democráticamente en ese país, se publicó en febrero de 1961: «De acuerdo con su política de no interferencia en los asuntos internos del Estado congoleño, Bélgica no tiene absolutamente nada que ver con la detención, el encarcelamiento, el traslado y la muerte del antiguo primer ministro». «En ningún momento se consultó a las autoridades belgas». «Como ustedes –insistió Wigny, el ministro de Asuntos Exteriores–, yo me enteré del traslado de Lumumba por la prensa». Fueron «africanos impulsivos», reunidos «sin ninguno de sus asesores europeos», como dijo un oficial de inteligencia belga, quienes «decidieron librarse de él. ¿Cuáles fueron sus motivos? Venganza, odio tribal...». Ludo De Witte, autor de *Crisis in Kongo*, ha rastreado los archivos de Ministerio de Asuntos Exteriores belga, de la ONU, del *Institut Africain* y de otras colecciones documentales, sometiendo estas declaraciones a un cuidadoso examen. Su importante libro arroja considerable luz sobre las formas en que Occidente ha sometido a África a una interesada mezcla de indiferencia e intervención.

La reacción inicial de Bruselas a los vientos de resistencia anticolonial que soplaban en África a finales de la década de 1950 había sido complaciente: ciertamente, se podía contemplar en alguna fase una transición ordenada al gobierno interno en el enorme Congo belga, cuando los congoleños estuviesen suficientemente maduros, quizá transcurridos cinco años... o veinte. Mientras tanto, la administración colonial seguiría supervisando la extracción del cobalto, el cobre, el estaño, el uranio, los diamantes, el oro y el cinc del país mediante la gigantesca *Société Générale de Belgique* y sus filiales. Era un modelo de *dirigisme* desde Bruselas, combinado con un extremo subdesarrollo estructural. En un país que se extendía más de mil millas desde la costa atlántica hasta las montañas del interior, y casi 1.500 millas desde la sabana del norte hasta las mesetas ricas en cobre del sur, pasando por los bosques ecuatoriales, no se había intentado crear una infraestructura nacional coherente. Las diferentes

¹ Ludo De WITTE, *The Assassination of Lumumba*, Londres y Nueva York, Verso, 2001, 224 pp.

zonas se organizaban alrededor de polos regionales de explotación: las minas y sus campos de trabajo en la provincia de Katanga; diamantes en Kasai; productos de palma y caucho en la cuenca del río Congo. El transporte se organizó exclusivamente para las necesidades de los inversores extranjeros. La educación era mínima: en 1959, 136 niños congoleños, de una población de 14 millones, obtuvieron certificados de graduación de escuelas secundarias. La prensa y la radio estaban, naturalmente, en manos de blancos. Se potenciaron la xenofobia local, el tribalismo y las diferencias lingüísticas. Una frágil capa de unos 150.000 *évolués* negros, en el lenguaje de darwinismo social empleado por los colonialistas, se empleaban en los puestos más bajos de la administración civil; los cargos más elevados estaban todos cubiertos por blancos. El orden lo mantenía la *Force Publique*, con oficiales belgas.

Fue la campaña de desobediencia civil congoleña de 1959, que combinaba las exigencias de subida de salarios con llamamientos a la representación –y que las balas y las cárceles belgas no hicieron sino aumentar– la que condujo a un cambio de táctica de Bruselas, y a la repentina oferta de independencia en enero de 1960. El ejemplo de la guerra que Francia estaba manteniendo en Argelia estaba demasiado cercano: Bélgica no podía digerir un reclutamiento general. Un informe del ministro de Asuntos Africanos, Harold d'Aspremont Lynden, que recorrió la colonia en febrero de 1960, señaló la urgente necesidad de crear «un gobierno congoleño moderado, es decir, uno básicamente dispuesto a colaborar con Bélgica». Éste debería, por lo tanto «ganar» las elecciones [de mayo], con medios indirectos legítimos». Por detrás del nuevo gobierno, las cosas seguirían en buena medida como antes: los blancos seguirían controlando la *Force Publique* y las empresas mineras; un asesor –o «apuntador», como lo llamaba el jefe de inteligencia colonial, Vandewalle– estaría al lado de cada ministro del gobierno negro; las tropas belgas de la crucial provincia minera de Katanga serían reforzadas.

Desde palacio se siguieron con ansiedad los acontecimientos; la monarquía belga, según Witte, era el centro de la tupida red que vinculaba a la elite belga, a la *Société Générale* y al Congo, «tejida en defensa del monedero colonial». «Los acontecimientos avanzan a una velocidad que nadie podría haber esperado», informaba ahora el rey Balduino. «Fuerzas tumultuosas se han puesto en movimiento, sin suficiente número de elites prudentes o experimentadas que las controlen y dirijan». Las preocupaciones del rey estaban justificadas: las elecciones, a pesar de ser indirectamente legítimas, no produjeron los resultados correctos. El *Mouvement National Congolais* de Lumumba –centralista, nacionalista, y más o menos imbuido de una populista ideología panafricana– fue el partido más votado, y constitucionalmente tenía derecho a liderar una nueva coalición de gobierno en Leopoldville (ahora Kinshasa).

Alto, delgado, sociable y brillante orador, Lumumba nació en 1925, en la provincia de Kasai, hijo de agricultores de la pequeña tribu Batetela. Su

propia vida ejemplifica el subdesarrollo del país: después de la escuela misionera tuvo que suplir su educación por sus propios medios, tomando un curso por correspondencia para mejorar su francés. Se convirtió en *évolué*, empleado en el servicio colonial de correos en Stanleyville, activo en los clubes culturales locales y presidente de la *Association des Évolués* de la ciudad. Luchando por sacar adelante a su joven familia con un salario que equivalía a la cuarta parte del de un blanco, Lumumba fue detenido por sisar diminutas cantidades, y pasó un año en prisión, sometido a un régimen de azotes y aislamiento, comida repugnante, camas de tablones y pies descalzos. Aquí escribió su *Congo, terre d'avenir*: un cuadro conmovedor de cómo su propia capa social, enérgica y con aspiraciones, se encontraba «abrumada por los problemas de la vida y del hambre», obligada a enviar a sus hijos al colegio mal vestidos y sólo con *chikwang* para comer; con la entrada prohibida en los cines y en los distritos blancos, irritados por el toque de queda. «No somos gallinas para que nos encierren en casa cuando no tenemos ganas de dormir». Trasladándose a Leopoldville, consiguió trabajo como vendedor de una destilería local y, cuando se legalizaron las organizaciones políticas locales, se convirtió en miembro fundador del MNC. La Conferencia Panafricana celebrada en Accra en 1958, fue una inspiración radical: el objetivo de un Congo unificado y soberano se extendió de manera natural a la idea de soberanía panafricana.

El libro escrito por De Witte comienza con el famoso discurso del Día de la Independencia pronunciado por Lumumba el 30 de junio de 1960. Los políticos congoleños recientemente elegidos, la elite belga y los dignatarios extranjeros se reunieron en el *Palais de la Nation* de Leopoldville para el traspaso ceremonial de la soberanía por parte del rey Balduino al presidente Kasavubu. El discurso que Balduino pronunció ese día fue un modelo de paternalismo y complacencia, y un himno de elogio al «genio» colonizador de su notorio predecesor, Leopoldo II, responsable de la creación de un sistema incomparable de trabajos forzados que había matado a millones de africanos. Mientras Balduino hablaba, Lumumba estaba realizando unos cuantos cambios rápidos en su propio discurso. Su respuesta fue una especie de choque para la elite belga: la independencia no era un regalo, sino «una lucha ganada, una lucha en la que no hemos escatimado ningún esfuerzo, privación o sufrimiento, ni una gota de nuestra sangre. Nuestras heridas están demasiado frescas y duelen demasiado como para eliminarlas de nuestra memoria». Al momento se convirtió en una espina clavada en la carne de las potencias occidentales: la amenaza de un nacionalismo radical y progresista que alterase lo que, según el plan previsto, habría de ser una transición sin sobresaltos a un orden neocolonial.

Las esperanzas congoleñas de que el traspaso de soberanía fuese pacífico duraron menos de una semana. Enfrentado con las exigencias de sus tropas de que africanizase el cuerpo de oficiales, el general Janssens, comandante en jefe de la *Force Publique*, cogió una tiza y escribió en la

pizarra: «Antes de la independencia = Después de la independencia». Enfurecidos, los soldados tomaron el campamento, desarmando a sus superiores. Lumumba, después de intentar mediar en un acuerdo, se puso del lado de la tropa. Inmediatamente se procedió a la recolonización. Los «apuntadores» belgas apoyaron la secesión de la provincia de Katanga del resto del Estado, dirigida por el hombre fuerte local, Tshombe. Tropas belgas volaron a Leopoldville y otras grandes ciudades, ocupando los aeropuertos. Mientras la prensa occidental se llenaba de noticias sobre las atrocidades africanas, profesores y funcionarios blancos huían a Bélgica y Rodesia, y las empresas internacionales cerraban (temporalmente) sus puertas. Desesperado, Lumumba —el líder democráticamente elegido de un Estado soberano amenazado con la desintegración debido a la intervención exterior— solicitó la ayuda de Naciones Unidas para sacar las tropas belgas de su capital y, especialmente, de la provincia congoleña de Katanga.

Los cascos azules llegaron con notable rapidez, con el estadounidense Ralph Bunche como asesor de Naciones Unidas. Su primer acto, sin embargo, no fue reaccionar contra los paramilitares belgas, los secesionistas katanguenses y sus mercenarios blancos, sino desarmar a los soldados congoleños que todavía tenían retenidos a oficiales belgas en Camp Leopold. El propio Lumumba comenzó un viaje por el país, con Kasavubu a su lado, para abogar por un Congo soberano y unido. Al aproximarse a Elisabethville, la capital de la provincia de Katanga, el primer ministro y el presidente elegidos por el país recibieron amenazas para que se alejasen del aeropuerto, y se les negó el permiso para aterrizar. Las fuerzas de Naciones Unidas se negaron a actuar. Lumumba viajó a Nueva York para solicitar el apoyo internacional a la integridad del Congo, y fue rechazado por el secretario general de Naciones Unidas, Dag Hammarskjöld. «Puede jugar con fuego si quiere —dijo Hammarskjöld al representante del Congo en Naciones Unidas, Thomas Kanza—, pero ciertamente se va a quemar».

En el Congo, las tropas de Naciones Unidas seguían ocupando los aeropuertos y otros puntos estratégicos, pero no habían hecho movimiento alguno para garantizar la seguridad nacional; por el contrario, sin informar al gobierno congoleño, Bunche y Hammarskjöld habían viajado a Bruselas para celebrar conversaciones privadas. En ausencia de la ayuda occidental, Lumumba decidió entonces enviar el ejército congoleño (ANC) contra los secesionistas, solicitando el apoyo panafricano y, finalmente, soviético. En esta fase, las tropas de Naciones Unidas se movieron para bloquear las rutas hacia Katanga y garantizar la secesión. Los pocos aviones soviéticos que llegaron para transportar tropas de la ANC se quedaron en tierra: la ONU les negó el combustible. El desafío de Lumumba no se perdonaría. El 26 de agosto, Allen Dulles, jefe de la CIA, envió un telegrama a su jefe de operaciones en Leopoldville: si Lumumba seguía en el poder, abriría el camino a una toma comunista del poder. Deponerlo era un objetivo principal, «una alta prioridad de nuestra acción

encubierta». De Witte detalla la constante presión occidental sobre Kasavubu para que depusiese a Lumumba, incluido un mensaje brutalmente abrupto del primer ministro belga, Gaston Eyskens, al asesor jefe de Kasavubu, Jef Van Bilsen: «Kasavubu tiene que echar a patadas a Lumumba».

El anuncio hecho por Kasavubu el 5 de septiembre de que Lumumba había sido depuesto de sus funciones de primer ministro era claramente inconstitucional: la ley congoleña daba al Parlamento, no al presidente, el derecho a privar a un ministro de sus poderes. Naciones Unidas, sin embargo, dio un decisivo respaldo al golpe, cerrando los aeropuertos y tomando la emisora de radio. Las tropas de Naciones Unidas rodearon la residencia de Lumumba en Leopoldville, oficialmente para protegerlo; en realidad, para evitar que buscase apoyo en el resto del país manteniéndolo en un práctico arresto domiciliario en una ciudad gobernada por Kasavubu. Diez días más tarde, el recientemente ascendido coronel Mobutu anunció la «neutralización» militar del gobierno parlamentario; la ONU había desembolsado cinco millones de francos para ganar el apoyo del ejército congoleño a los designios occidentales. «Nuestra independencia se ha convertido en una jaula», escribiría Lumumba en su testamento final. Kanza fue menos poético: «En resumen, el Congo se había convertido en una colonia internacional y, más específicamente, estadounidense».

Pero la ayuda belga seguía siendo importante sobre el terreno. «Conocemos el Congo», le gustaba jactarse a d'Aspremont Lynden. Vivo, Lumumba seguía teniendo demasiada fuerza, y amenazaba con el espectro de un Congo soberano que corría en contra de los intereses occidentales; en Leopoldville no había una alternativa clara sino más bien una «nebulosa» de poder. En una reunión del Consejo de Seguridad Nacional celebrada el 21 de septiembre, el jefe de la CIA informó a Eisenhower de que Lumumba «seguía siendo un grave peligro mientras no fuese eliminado». D'Aspremont Lynden cablegrafió el 6 de octubre: «El principal objetivo de nuestros intereses en el Congo, Katanga y Bélgica es claramente la *élimination définitive* de Lumumba».

A finales de noviembre, las fuerzas nacionalistas se estaban reagrupando en Stanleyville. Lumumba fue sacado en secreto de su residencia, oculto en los bajos de un coche, y comenzó un viaje de 2.000 km para unirse a ellas. Las lluvias torrenciales hicieron más lento su viaje. En las aldeas lo reconocían: las multitudes se acercaban corriendo y le pedían que hablase. Las tropas occidentales lo seguían desde el aire. Mientras cruzaba el extenso río Sankuru en una piragua, miró hacia atrás y vio al ejército de Mobutu capturar a su esposa, a su hijito y al resto de la partida, que se encontraban todavía en la otra orilla. El primer ministro regresó para ordenar que los liberasen y fue también capturado. Volvió a Leopoldville en un camión del ejército, con las manos atadas, sin gafas, y manchas de sangre en el rostro.

A partir de entonces, se mantuvo al prisionero en una celda de castigo de un campamento del ejército en Thysville, a 150 km. de la capital. No

hubo respuesta de la ONU a las cartas que envió detallando su situación: retenido sin cargos con otros siete miembros del Parlamento, descalzo, sin poder cambiarse de ropa durante 35 días. «A pesar de todo –añadió en una carta a su sobrino–, varios soldados han venido en secreto para intentar ayudarme». El 14 de enero de 1961, el campamento se amotinó; los soldados exigían su paga y amenazaban con liberar a Lumumba. Aquí, De Witte presenta pruebas convincentes que refutan la versión belga aceptada, basada en el informe dado por Jacques Brassinne –militar en servicio activo en Katanga en aquel momento y posteriormente ascendido a la nobleza por Balduino–, de que la decisión de trasladar a Lumumba a Katanga en este momento fue tomada exclusivamente por los congoleños. De Witte cita un telegrama del ministro de Asuntos Africanos del 16 de enero: «Aspremont solicita personalmente al presidente Tshombe que permita el traslado de Lumumba a Katanga con la menor dilación posible».

Lumumba y dos de sus colaboradores, Mpolo y Okito, fueron trasladados de Thysville en la noche del 17 de enero, con los ojos y la boca tapados con cinta. Los cargaron en un pequeño avión y después los trasladaron a un DC-4 en Moanda. Aterrizaron en el aeropuerto de Elisabethville –ahora Lubumbashi– antes de las cinco de la mañana. Además de los ministros katangueños, media docena de altos oficiales y funcionarios civiles belgas esperaban en la pista. Los prisioneros bajaron las escaleras dando traspies, «con las camisas rotas, echando sangre por la boca, las caras hinchadas», según un oficial belga. Mientras los miembros *Bureau Conseil* belga en Elisabethville –«el verdadero centro nervioso de Katanga»– celebraban varias reuniones de alto nivel, los prisioneros eran conducidos a una casa vacía cercana al aeropuerto, a cargo de un batallón de policía militar a las órdenes del capitán Julien Gat. Allí, los torturaron de nuevo delante de Tshombe, sus ministros y su séquito belga; «los europeos –según Brassinne– se vieron arrastrados a acontecimientos que no controlaban, recibiendo instrucciones según avanzaba la situación». Uno de los belgas contó que les habían introducido trozos de madera bajo las uñas de los pies y de las manos. A las 10 de la noche, Lumumba, Mpolo y Okito fueron trasladados en un convoy de seis vehículos: Tshombe y su ministro del interior, Munongo, iban delante, Gat y otro belga, el comisario Verscheure, en el cuarto coche con los prisioneros. Recorrieron unos 50 km. de sabana arbolada, girando por un camino que se dirigía hacia los pantanos de Mwadingusha, cerca de las cataratas de Cornet. Pararon en un claro con un gran árbol a un lado. Iluminados por la luces del coche, los hombres de Verscheure comenzaron a cavar la tumba. Se formó un pelotón de fusilamiento. Uno a uno, Verscheure sujetó a los prisioneros contra el tronco del árbol. Más tarde, se recogió del suelo más de un kilo de cartuchos usados.

A la mañana siguiente, mineros locales que habían oído disparos durante la noche llegaron al claro y vieron el montón de tierra recientemente removido, con un brazo asomando. Las noticias comenzaron a expandirse.

La policía acordonó la zona. Verscheure fue convocado a una reunión con Munongo y su asesor belga, Tigné. Entre todos organizaron un escenario: supuestamente, los prisioneros habrían sido retenidos en una remota zona rural, para su propia protección; en una fecha posterior, habían escapado, robando el coche de un guarda; al quedarles atascado el coche en una cuneta, los prisioneros habrían continuado a pie; pero habrían sido reconocidos por campesinos locales y asesinados en el momento. Mientras tanto, desenterraron los cuerpos y los condujeron otros 220 km. hacia el noreste, hacia la frontera con Rodesia. Otro comisario de policía belga, Gerard Soete, y su hermano Michel, con ayudantes congoleños, los despedazaron, echando los miembros en un bidón de gasolina con ácido sulfúrico, y esparciendo huesos y cenizas al viento.

De Witte sostiene que no sólo son los Verscheure, los Gat y los Soete quienes deben ser considerados responsables de los asesinatos, sino también quienes les dieron las órdenes. Según el artículo 393 del Código Penal belga, alega, una acusación de complicidad «en actos pensados para causar la muerte» es también aplicable a los miembros del *Bureau Conseil* de Elisabethville, y a los responsables supremos de la política del gobierno belga: Wigny, d'Aspremont Lynden y Eyskens. Si dicha acusación debería extenderse también a palacio es algo imposible de decir: «demasiados testigos protegidos se niegan todavía a hablar, demasiados archivos se mantienen cerrados». La publicación de este libro en Bélgica ha estimulado, sin embargo, el establecimiento de una comisión de investigación parlamentaria para establecer las responsabilidades belgas en el asesinato, que deberá presentar su informe este otoño. Todavía está por ver si esto va a producir nuevas revelaciones.

La cuestión sigue siendo: ¿por qué Lumumba resultaba una amenaza? A pesar de los temores a un «nuevo Castro» proclamados por Occidente, Lumumba no tenía un movimiento nacionalista tan bien organizado a su disposición, y mucho menos un programa social revolucionario. Las descripciones occidentales que se tienen de él como (en palabras de Ralph Bunche) «irracional» e «inestable» suenan a hueco, dados los excesos que estuvieron dispuestos a tolerar de Mobutu en las tres décadas siguientes. Una diferencia es que los excesos de Mobutu estaban dirigidos contra el pueblo congoleño, no contra las empresas occidentales. Si su deposición en 1997 trajo esperanzas de recuperación nacional, pronto se vinieron abajo: se calcula que más de dos millones de congoleños han muerto como resultado directo o indirecto de las luchas entre ejércitos rivales a lo largo de los tres últimos años, mientras que las tropas de Naciones Unidas destacadas en el país siguen en realidad patrullando su partición de facto.

La idea primordial de Lumumba era establecer la genuina independencia del Congo como Estado soberano que los congoleños gobernarían por sí mismos. Comprendió que la unidad territorial del país, bajo un gobierno central, era una condición previa y esencial para ello. Además, Lumum-

ba, como otros de sus ciudadanos, no podía ser comprado. «Juntos –había declarado Lumumba en su discurso del Día de la Independencia–, nos aseguraremos de que la tierra de nuestro país proporciona realmente el bien para sus hijos»; y añadió que «la independencia del Congo marca un paso decisivo hacia la liberación de todo el continente africano». Un Congo soberano, que dominase toda África Central, habría sido un aliado natural para los movimientos de liberación de Angola, Rodesia, Sudáfrica, y de otros lugares. Los proyectos neocolonialistas también habrían peligrado. Se habría planteado la posibilidad de un África independiente que desarrollase su propio mercado, sus propias soluciones. Es una tragedia continuada el que la tarea a la que Lumumba se enfrentaba hace unos cuarenta años siga sin llevarse a cabo en la actualidad.